

BEATRIZ DE NAZARET Y SU MÍSTICA DE LAS “SIETE MANERAS DE AMOR”

Rob Faesen, SJ.¹

En 1923 el P. Leonce Reypens, SJ, llamó la atención sobre un texto anónimo místico, un tratado corto ciertamente, pero magistral, que junto con toda una serie de otros textos espirituales, estaba dentro del conjunto de un viejo legajo (quizá del último cuarto del siglo XIII), conservado actualmente en la Biblioteca Real de La Haya; todavía no se sabe dónde o por quién fue recopilado. Diferentes textos de este manuscrito, o legajo, como hemos dicho, tienen su buen valor; pero el P. Reypens se entusiasmó especialmente con el de “Siete Maneras de Amor”. El autor, así decía entonces Reypens, podría ser un autor masculino, se movía en un mundo de pensamiento que recordaba bastante a Hadewijch². Dos años más tarde, en 1925, su entusiasmo era todavía mayor, pues en todo ese tiempo se había puesto de manifiesto que este pequeño tratado anónimo estaba en realidad escrito por la monja cisterciense Beatriz de Nazaret, cuyo “curriculum vitae” era muy conocido. Además, nos encontrábamos ante el monumento más antiguo de nuestra prosa neerlandesa medieval que se pudiera señalar³. Los textos de Hadewijch no podía ser fechados con seguridad en 1925, y aún hoy no hay cambios al respecto.

Gracias al P. Reypens puedo yo hoy nombrar a Beatriz de Nazaret y sus SIETE MANERAS DE AMOR con gran alivio. En primer lugar me dedicaré a dar un somero repaso al “curriculum vitae” de Beatriz, y después me centraré más en el contenido espiritual de las SIETE MANERAS, analizándolo de cerca; de momento es la única obra que conservamos de Beatriz.

LA VIDA DE BEATRIZ

El “curriculum vitae” de Beatriz es bastante bien conocido, gracias a la “Vita” que se escribió unos años después de su muerte⁴.

1 Conferencia pronunciada por el autor en la Abadía de Nazareth el 20 de mayo de 2000, en el acto de apertura del Centenario de Beatriz de Nazaret. Agradecemos al P. Faesen su amabilidad por cedernos su ponencia para publicación en nuestra revista.

2 Beatrijs van Nazareth, *Seven manieren van minne*, edición crítica por el Dr. L. Reypens, SJ, y el Dr. J. Van Mierlo, SJ, Leuven: De Vlaamsche Boekenhalle, 1926, 5*.

3 *Ibid.*, 6*.

4 *Vita Beatrixis: De autobiografie van de z. Beatrijs van Tienen, 1200-1268*; ed. L. Reypens (Antwerpen: Ruusbroecgenootschap. 1964). Este texto se llamaba anteriormente “autobiografía”, visto que el biógrafo dice que él no es el autor, sino el fiel traductor de lo que ha encontrado en unos textos de Beatriz. Investigaciones modernas han indicado, sin embargo, que el autor –como, por otra parte, él mismo dice– ha recurrido a testimonios de otros y, además, ha llevado a cabo muchas adaptaciones. La “Vita Beatrixis” es, pues, una biografía fidedigna basada en textos autobiográficos, pero no puede ser considerada una auténtica autobiografía.

Esta biografía es fidedigna. No sabemos quién la escribió; pero lo que sí está claro es que su origen está en la abadía de Nazaret. En tiempos en que se escribió vivían todavía en ese monasterio varias monjas que habían conocido a Beatriz personalmente. Debemos, pues, descartar que halla errores graves de fondo. El biógrafo también está muy bien enterado de los años de infancia de Beatriz, ya que dos hermanas de ésta residían en la misma abadía. Además, el autor ha podido recurrir a gran cantidad de escritos personales de Beatriz que, excepto uno, se han perdido.

Beatriz nació en el 1200 en la ciudad de Tienen (y por eso se la llama también Beatriz de Tienen). Su padre, Bartolomé, era un ciudadano acomodado, un hombre verdaderamente creyente, religioso. También la esposa de éste, Gertrudis, es nombrada en la “Vita” como mujer muy religiosa. Era, al parecer, una familia feliz, con seis hijos, de los cuales Beatriz era la menor.

Era una niña muy dotada, que desde muy pequeña fue instruida por su madre en la lectura y la escritura. Sin embargo, Gertrudis murió cuando la pequeña Beatriz tenía sólo seis años. Para asegurar su educación de la mejor forma posible, el padre la llevó a la comunidad de beguinas cerca de Zoutleeuw. Al mismo tiempo podía asistir a las clases de segunda enseñanza que se daban en esa misma ciudad. Esta estancia duró un año, y Beatriz guardó de ella los mejores recuerdos. Las beguinas mismas estaban encantadas con una chiquilla tan atractiva y discreta.

Después pasó una temporada corta en casa, en Tienen, y fue enviada a estudiar a la abadía de Bloemendaal, en Erkel (Archiennes), cerca de Waver. Su padre era el administrador financiero de los arrendamientos y demás ingresos de esta abadía, y, por supuesto, conocería muy bien la comunidad. Era una abadía benedictina, que, bajo la dirección de la abadesa Genta y con el apoyo del padre de Beatriz hizo el tránsito a la Orden Cisterciense, lo cual recibió aprobación oficial en 1218.

La pequeña Beatriz recibió allí la debida formación profana y religiosa. Su estancia entre las monjas la resultaba agradable, y, por lo visto, estaba feliz, pues a la edad de quince años pidió el ingreso en el noviciado. No lo hacía sin temores, pues era consciente de que aún era demasiado joven para ser admitida al noviciado y, además, ella misma se preguntaba si sería capaz, espiritualmente, de perseverar en esa vida hasta el fin. La comunidad se quedó muy impresionada por la generosidad de esta joven y del fervor de su deseo. Finalmente fue aceptada. Un año más tarde, el día 16 de abril del año 1216, podía Beatriz hacer su profesión.

Parece ser que en Bloemendaal eran muy patentes los talentos que reunía Beatriz, y así, fue enviada por un año a la abadía de Rameya (La Ramée), en Jauchelette (al borde del río Geldenaken), a fin de que aprendiera el arte de escribir e ilustrar manuscritos. Este tiempo fue para Beatriz, por dos razones, de gran importancia.

Primero, tal formación significó para ella una intensa confrontación con el significado espiritual de la tradición escrita. Las ilustraciones de los manuscritos no eran meras decoraciones. Tenían como fin aclarar el contenido del texto y hacer que el espíritu profundizara más en él. Eso significó que durante su estancia en Rameya Beatriz no sólo pudo desarrollar sus talentos artísticos, sino que también (y quizá eso fue lo principal) recibió una buena formación espiritual. Se capacitó para conocer más de cerca el contenido espiritual del Evangelio, de la Liturgia, y quizá también de los textos de la tradición de la Iglesia, al tiempo que aprendió a ilustrarlos y embellecerlos.

La segunda razón por la que ese período resultó para ella de vital importancia es que contrajo amistad con Ida de Nivelles. Ida temía tres años más que Beatriz, y, sin embargo, ésta la consideró como su madre espiritual. Volveremos sobre este tema.

Cuando Beatriz, después de su corta estancia en este monasterio vuelve a Bloemendaal, su padre y su hermano Wichbert se habían comprometido con la abadía como conversos. Dos de sus hermanas, Cristina y Sybilla, entraban en la misma abadía en 1215.

En 1221 está lista una nueva fundación de Bloemendaal, en Oplinter (al norte de Tienen), que se llamaría Maagdendaal. Beatriz, junto con su padre, su hermano y sus hermanas, fue enviada con otros miembros de la comunidad de Bloemendaal a la nueva fundación. En esta abadía recibe, hacia 1225, y de las manos del Obispo, la Consagración de vírgenes.

Unos años más tarde se pensaba ya en una fundación, para la cual se comprometió el padre de Beatriz. El monasterio de Oplinter comenzó a construir los edificios en los alrededores de Lier, y de nuevo es Beatriz la indicada para ir allá. En mayo de 1236 el edificio está listo; pero tras unos años la comunidad se tuvo que trasladar a otro lugar, más alto y menos húmedo, al otro lado de Lier. Mientras tanto, Beatriz es elegida priora de la comunidad. Desempeñará esta tarea hasta su muerte.

De los años que siguen estamos en realidad menos informados. En la biografía tampoco se cuentan muchos acontecimientos, quizá porque tampoco se produjeron. Solamente sabemos que en Navidad del año 1267 Beatriz cayó enferma, y que murió medio año más tarde, en agosto de 1268. Tenía entonces, pues, sesenta y ocho años.

IDA DE NIVELLES Y BEATRIZ

La “Vita” nos ofrece la oportunidad de atisbar algo de la experiencia religiosa de Beatriz.

Primero vemos que, como novicia, es de verdad muy fervorosa; pero apuntando más que nada a los aspectos materiales de la consagración religiosa. Unos años más tarde, recibe de Ida de Nivelles sobre todo apoyo para la vida interior. Siempre consideró a Ida como una guía espiritual, a pesar de que no tenía sino unos pocos años más que ella.

¿Quién era esta Ida, que ocupa un lugar tan importante en la vida de Beatriz?

Nació alrededor del 11 de marzo de 1197 en Nijvel. Cuando tenía nueve años sus padres pretendieron casarla, pero ella huyó por la noche del hogar, con sólo unos vestidos y el oficio parvo de la Virgen. De los nueve a los diez y seis años también estuvo en una comunidad de beguinas, en la cercanía de la iglesia del Santo Sepulcro, en la misma Nijvel, que se ocupaba del cuidado de los enfermos. La joven tomó sobre sí la tarea de mendigar para sus compañeras.

En el curso del año 1213 Ida ingresó como alumna en la comunidad cisterciense de Kerkom (cerca de Tienen), comunidad que en 1214 se trasladó a Rameya (Jauchette). Un año más tarde, Ida se hizo novicia, y en el verano de 1216 hizo su profesión. Un poco más tarde llegó Beatriz, para aprender la técnica de los manuscritos, como hemos dicho. Entonces las dos jóvenes mujeres comenzaron a conocerse.

Ida era, sin duda, una mujer que había recibido la mística. En su biografía encontramos muchas referencias a sus experiencias místicas, como, por ejemplo, el acontecimiento siguiente.

Ida tuvo cierto día una experiencia de éxtasis místico, y después de esta experiencia una hermana la preguntó qué la había pasado (la “Vita” no menciona el nombre de esta hermana, quizá fuera la mismísima Beatriz...). “Ida contestó que había sido trasladada ante la pura Divinidad. En el éxtasis había gustado y sentido algo de la Santa Trinidad, algo que superaba todo lo que había experimentado anteriormente. Explicándolo lo mejor que pudo, decía que le había sido revelado el Ser del Padre en el Hijo y el Ser del Hijo en el Padre y

el Ser del Espíritu Santo en ambos. Y, para aclarar esto, decía que la Santa trinidad la había tratado tan dulcemente como un amante a su amada, y que ella también había hablado con semejante ternura con la Santa Trinidad⁵.

Según esta respuesta se puede deducir que Ida había entendido muy agudamente lo que le había pasado en sus éxtasis místico.

Más adelante profundizaremos en lo que significa el fenómeno místico. Bástenos decir aquí que Ida no sólo nos da una descripción de su experiencia (“gustado...”, “sentido...”), sino que además ofrece una muy interesante interpretación en la cual la imagen del amor mutuo del esposo y la esposa le parece la más adecuada para aclarar el hecho “de que la Santa Trinidad la había tratado como un amante a su amada, y que ella había hablado con la Santa Trinidad así de dulce y amablemente”.

Ida era una mujer de grandes conocimientos en lo que toca a la vida espiritual. No era, pues, extraño que Beatriz la quisiera y la admirara tanto.

El biógrafo de Beatriz habla detalladamente de la amistad de toda la vida entre Ida y Beatriz. Merece la pena resaltar un acontecimiento, pues es muy significativo en cuanto a la calidad de la relación entre estas dos jóvenes mujeres.

Beatriz acudía regularmente a su amiga para pedir consejo espiritual. Ida la aseguraba que Beatriz era un alma realmente elegida por Dios, estimulándola pacientemente, y con una gran capacidad pedagógica, a que viviera plenamente ese amor con que Dios la había elegido. Un día Beatriz se pregunta cómo es que Ida emplea tanto tiempo ayudándola espiritualmente a ella y cuál podría ser su motivación. Ida responde que no es por la virtud de Beatriz, que tanto la amaba, ciertamente, sino porque veía muy claro que Dios la había elegido para darle la plenitud de su gracia.

Naturalmente que Beatriz se sintió muy feliz cuando oyó esto, y solicita a Ida –por quien ya hemos dicho que sentía un gran respeto y admiración- que rece por ella y para que realmente sea así como dice. Entonces, Ida la advierte que esté preparada para el día del Santo Nacimiento del Señor. Beatriz se da cuenta de que, con eso, está indicando el día de Navidad; y anhela con todo su deseo que llegue tal fiesta litúrgica.

Pero el día de Navidad no ocurre nada especial. Desilusionada, Beatriz piensa que el Señor habría cambiado sus planes a causa del algún pecado que ella hubiera cometido. Pero Ida la asegura que eso no tiene nada que ver con pecados. Y así fue de verdad. Una noche, durante la Octava de Navidad, Beatriz está tranquilamente meditando el significado de la antifona “*Por el amor inmenso con que Dios nos ha amado, nos ha mandado a su hijo en la forma de carne mortal, para salvar a todos*”. Durante la meditación de estas palabras toma conciencia de que, por la Encarnación de Cristo, el hombre ha sido introducido en la inmensa vida amorosa de Dios. En este momento recuerda una frase de un responsorio del tiempo pascual: “*Y David tocaba la cítara con los cantores en la casa del Señor...*”. Entonces entró en éxtasis, y vio en una visión la Jerusalén celestial alabando a Dios, el gozo festivo de los que alababan a Dios con amor ferviente, de los que continuamente contemplan la presencia de Dios, los que están encendidos de amor y conocen así el gozo de la vida de amor de la Santa Trinidad⁶.

Cuando Ida le dijo a Beatriz que se preparara para el día de Navidad, indicaba con ello el día que Beatriz reconocería el nacimiento de Cristo en el presente. Ese día es “Navidad”, según el significado espiritual de la palabra. Beatriz lo había entendido mal al principio, hasta que la experiencia mística se lo hizo saber.

5 Chrysostomus Henriquez, *Quinque prudentes virgines...*, Amberes, ed. Cnobaert, 1630, pág. 271.

6 “Vita”, nn. 54-55; ed. Reypens, págs. 45-47.

LAS SIETE MANERAS DE AMOR

Echemos un vistazo al contenido de las *Siete Maneras*, el único texto que nos ha sido transmitido y que pertenece a la mano de Beatriz. Lo mejor es no considerar este texto como una enumeración de etapas que se suceden unas a otras a lo largo de la vida espiritual. No se trata, pues, de siete “escalones”, en cuyo proceso de subida se deja el anterior para ascender al siguiente.

El tratado de Beatriz ha sido construido mucho más ingeniosamente. La estructura podría ser la de tres dípticos precedidos de un prólogo.

El “prólogo” es la primera manera, y las seis maneras siguientes son, en el fondo, tres parejas que describen la misma realidad desde dos aspectos distintos de la misma vivencia.

La “primera manera” describe el fundamento de lo que se va a tratar en todo el texto siguiente: el deseo de vivir según la Imagen y la Semejanza según la cual el alma ha sido creada, un deseo que resulta del amor y que está orientado a dar al hombre nobleza, pureza y libertad:

El primer modo es un anhelo provocado por el amor. Este anhelo tiene que reinar mucho tiempo en el corazón para poder llegar a expulsar totalmente al enemigo y tiene que actuar con fortaleza y circunspección y tener valor para avanzar en este estado.

Este modo es un anhelo que nace sin duda del amor, es decir, de un alma buena que quiere servir fielmente a nuestro Señor, seguirle con valor y amarlo de verdad. Esta alma se mueve por el deseo de alcanzar la pureza, la libertad y la nobleza, de las que le ha dotado su creador al crearla a su imagen y semejanza – y permanecer ahí, algo que es especialmente digno de ser amado y cuidado. En esto desea emplear su vida. En esto desea colaborar para crecer y ascender a una nobleza de amor más sublime aún y a un conocimiento más cercano de Dios, hasta alcanzar la madurez plena, para la que ha sido creada y llamada por Dios (cf. Repens-Van Mierlo, págs. 3-4, r. 5-24).⁷

Con esto Beatriz muestra fundamentalmente una clave de interpretación, pues la referencia a la “Imagen” y a la “Semejanza” (Gn 1, 26) tiene para sus contemporáneos, o por lo menos para los que habían disfrutado de una formación espiritual, un significado específico. Ya desde los primeros escritores espirituales cristianos (tanto Orígenes como Ireneo), se aceptó que el hombre no es, él mismo, Imagen de Dios, sino que el versículo bíblico a que se hace referencia quiere decir que el hombre “está creado hacia”, es decir, “dirigido a” la Imagen de Dios (*ad imaginem*, *katá eikóna*). Y la Imagen real de Dios es su Hijo, Cristo. En esta óptica, el hombre ha sido formado en la creación “según la Imagen de Dios, que es Cristo”, con el sentido de que el hombre se haga semejante a esa imagen.

Beatriz dice, pues, que la base de todo lo que ella va a describir está en el deseo del hombre de amar y vivir verdaderamente según el fin más profundo que hay en la persona

⁷ Esta traducción del texto neerlandés antiguo, según edición de Rob Faesen (Beatrijs van Nazareth, *Seven manieren van minne*, Ed. Uitgeverij Pelckmans, Kapellen 1999, págs. 46-49), es de Ana María Schlüter Rodés (texto completo en este mismo número de CISTERCIUM). *Nota de la Dirección.*

humana: se trata esencialmente de un deseo total de verdadera comunión de vida con Cristo.

La “segunda manera” consiste en amar sin medida y sin esperanza de recompensa, por encima de todo cálculo humano. Con esto Beatriz conecta totalmente con la espiritualidad de Bernardo de Claraval, que presenta el mismo ideal de amor a Dios⁸. El verdadero amor a Dios no está basado en el cálculo. Es amor puro y gratuito, se ama a Dios sólo por amor, sin perseguir otra recompensa.

La “tercera manera” es ahora el reverso de este deseo, pues el hombre comprende pronto que amar a Dios de esta manera supera las capacidades humanas. Experimentamos pronto que se nos debilita frecuentemente el deseo para amar de tal forma, es decir, gratuita y desmedidamente; aún más, ese debilitamiento, esa conciencia de que el deseo se debilita, es, en principio, inevitable, dada nuestra condición; pero el deseo no se apaga nunca. El que ha gustado una vez algo de ese deseo de amor verdadero no puede ya satisfacerse con menos, y desea más.

La “cuarta manera” describe ahora la experiencia mística que sobreviene al amante. Mientras que en la segunda y tercera maneras recae sobre todo en la actividad del hombre y lo que desea hacer por amor, ahora es Dios quien toma repentinamente la iniciativa –así lo describe Beatriz-, y, así, el hombre experimenta inesperadamente, sin que haya hecho él algo especial, una gran cercanía de Dios. Dios mismo deja sentir su cercanía, a pesar de que el hombre no haya podido desencadenar este proceso, que no esperaba:

A veces ocurre que el amor despierta en el alma de un modo dulce, y que surge alegremente instalándose en el corazón sin intervención de actividad humana alguna. El corazón entonces siente un toque tan delicado de amor, se siente tan atraído por el amor, se ve conmovido tan apasionadamente por el amor, tan fuertemente subyugado por el amor y tan suavemente abrazado por el amor, que el alma queda vencida totalmente por el amor.

En este estado experimenta una gran presencia de Dios, una claridad de comprensión y un bienestar maravilloso, una noble libertad, una intensa dulzura, un sentirse fuertemente abrazada por el amor y una plenitud rebosante de gran gozo. Experimenta que todos sus sentidos se han unificado en el amor y que su propia voluntad se ha convertido en amor, que ha quedado abismada y absorbida en el hondón del amor convirtiéndose ella misma totalmente en amor (cf. Reypens-Van Mierlo, págs. 13-15, r. 6-26).

Leyendo la descripción de Beatriz de esta cuarta manera podemos recordar la definición de la experiencia mística: “Una experiencia directa y pasiva de la presencia de Dios”⁹.

Se pueden distinguir en esta definición cuatro elementos.

En primer lugar se trata de una “experiencia”. No se trata de una meditación o razonamiento. Cantidad de místicos –entre ellos Beatriz- han escrito cantidad de “contemplaciones” durante su vida, pero tales contemplaciones son algo distinto de la experiencia mística en cuanto tal.

Luego viene otro elemento: la “experiencia de Dios”. No toda experiencia profunda e intensa lo es de la presencia de Dios. Cuando dos personas, por ejemplo, han mantenido

8 cf. *De diligendo Deo*, 1,1 (SBO, pág. 119).

9 Cf. Albert Deblaere, “Temoignage mystique chrétien”, *Studia Missionalia* 26 (1977) 117.

una conversación realmente conmovedora, no es esto precisamente una experiencia mística: han sentido su mutua presencia recíprocamente (la una de la otra), no la de Dios.

Esta experiencia de la presencia de Dios acontece, además, y en tercer lugar, directamente. Con esto se quiere decir que Dios no se sirve, como suele suceder habitualmente, de una palabra, de una imagen o de algo semejante para así, de una manera indirecta, transmitir algo de sí mismo. Lo hace, pues, directamente, tomando, por tanto, “un camino interior” –para decirlo con palabras de Guillermo de Saint-Thierry. Por supuesto que la experiencia indirecta es mucho más frecuente. Ruysbroeck acentúa, por otra parte, que la experiencia directa e indirecta no se excluyen o estorban mutuamente, ni mucho menos.

Por fin, y en cuarto lugar, la experiencia mística es “pasiva”. Esto no quiere decir que el hombre pierda su propio obrar. Significa que la experiencia resulta totalmente inesperada, súbita, y no porque el hombre pueda provocarla o prepararse inmediatamente para ello. Esta es probablemente la razón por la que los místicos repiten que tal experiencia no puede ser comunicada a otros, o ser enseñada, ni que uno mismo pueda provocarla.

La “quinta manera” es, según lo dicho anteriormente, el reverso de esta experiencia. La experiencia de la presencia de Dios provoca en el alma una fuerte tormenta, un enorme deseo. El hombre experimenta un amor que no pensaba posible, y esto provoca en él un deseo inevitable de devolver amor por amor. La vehemencia de tal deseo es comprensible solamente desde la inmensidad del amor de Dios que se ha gustado en la experiencia mística.

La “sexta manera” –y llegamos ya al tercer díptico- describe la experiencia de haber sido incorporado a la vida de Dios y a la conciencia de que es sólo el amor *de Dios* el que obra en nosotros. Y aquí el hombre descubre su más profunda nobleza, la libertad del amor, vivido en la vida de Dios mismo.

De nuevo la “séptima manera” forma el reverso de esta misma realidad. Es un deseo (ansia) fuerte, sin medida, que aspira a vivir definitivamente en Cristo, para poder participar totalmente de su vida divina:

Su anhelo no puede ser calmado. Su ansia la tortura lastimosamente. Lo vive como un camino de pasión y de tormento, sin medida, sin gracia.

Por esto siente un ansia grande y un anhelo ardiente de ser liberada de este destierro y poder desprenderse de este cuerpo. Con un corazón herido dice lo mismo que dijo el apóstol: ‘Cupio dissolvi et esse cum Christo’, es decir: ‘Mi deseo es morir y estar con Cristo.’

Así pues, el alma se encuentra en un ansia ardiente y en una inquietud dolorosa de ser liberada y vivir con Cristo. La razón de ello no es que la vida actual le entristezca ni que tenga miedo a los sinsabores que la esperan. No, debido sólo a un amor santo y eterno, languidece en ansias y se derrite en el anhelo de poder llegar a la patria eterna y a la gloria del gozo (Reypens-Van Mierlo, pág. 33, r. 72-87).

No es extraño, pues, que Beatriz describa la “séptima manera” como un deseo. La vida amorosa del Padre y del Hijo es una entrega mutua, incesante. Cuando el hombre puede participar en ésta –y así experimenta ser hijo en el Hijo-, entonces ya no ansia nada más ni mejor que entregarse cuanto más le sea posible, como Cristo. La vida de Dios y la participación en ella no son puntos finales en los cuales todo se detiene: es vida.

*Si ponemos estos tres dípticos junto a la obra maestra de Ruysbroeck *Geestelike brulocht* –“Desposorio espiritual”-, nos llamará la atención lo que este autor considera*

como “vida activa”, “vida interior” y “vida contemplativa divina”. Esto se corresponde en gran parte con la descripción de Beatriz: búsqueda activa de contemplación divina y vida mística, en la cual Dios toma la iniciativa; y, luego, una vida dentro del amor trinitario de Dios.

Quizá no es exagerado repetir otra vez que no se trata aquí de tres etapas sucesivas cronológicamente. De hecho no se abandona nunca la manera anterior para llegar a la siguiente.

Beatriz quiere describir aspectos diferentes de una y misma realidad. Pero, evidentemente, ella no lo puede hacer sino describiendo uno tras otro. Pero el lector debe tener presente que se trata, en el fondo, de un único y mismo amor. La imagen de tres círculos concéntricos puede, quizá, ayudar a comprender esto: nos vamos moviendo en tres “pasos”, cada vez más hacia el interior del amor.

En el primer círculo nos encontramos en el nivel de la acción humana y del amor activo a Dios (segunda y tercera manera). Hay, con todo, un aspecto o lado interior en esto que está, las más de las veces, escondido, pero que puede –por excepción e inesperadamente- dejarse sentir; y esto sucede cuando Dios mismo toma la iniciativa (cuarta y quinta manera). No se trata entonces de considerar todo lo que yo hago por Dios, sino de cómo Dios me ama, incondicionalmente, independientemente de mis propios quehaceres referentes a Él. Este aspecto, o manera, interior de la vida amorosa hacia Dios no excluye, claro está, el precedente.

Pero hay todavía en este lado interior un núcleo que supera totalmente al hombre: la vida divina misma, el amor abismal entre el Padre y el Hijo, en el cual el hombre se siente “cogido” (sexta y séptima manera). Y aquí podemos recordar las palabras del ya fallecido doctor Albert Deblaere, SJ (1916-1994), uno de los mejores conocedores de la literatura neerlandesa medieval:

“La vida espiritual llega a su máximo desarrollo en la experiencia de vida compartida con la vida divina. El Padre nos contempla en el Hijo, su Imagen; así somos imagen en la Imagen, y nuestra imagen eterna es, como todo en Dios, Dios con Dios. Todo lo que ha sido creado en el tiempo era antes vida en Él (cf. Jn 1, 3-4, según la antigua interpunción); esa es nuestra “sobre-esencia”, en donde está nuestra esencia creada, encadenada o anclada en ella. La Palabra nos da, por su encarnación y su presencia en nosotros, la posibilidad de volver a llevarnos de la esencia a Su “sobre-esencia”: eso es el sentido y el destino de la vida en el tiempo, y la vuelta de la humanidad al seno del Padre. Como en la imagen virgen de todo amor, en la vida trinitaria, las personas se pierden siempre en el abismo de la esencia divina y son, al mismo tiempo, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y así nosotros nos hacemos “sobre-esencia”, una única vida con Dios, y somos, según nuestra existencia creada y por toda la eternidad, otra vida”¹⁰.

CONCLUSIÓN

Quisiera rematar mi exposición con tres reflexiones mediante las cuales conecto con el entusiasmo que siento hacia Beatriz desde hace muchísimos años.

10 Albert Deblaere, “Altniederländische Mystik”, *Sacramentum Mundi: Theologisches Lexicon für die Praxis I* (1967) 113.

Primero. Beatriz ha elegido para manifestar su pensamiento una antropología fundamentalmente cristiana en la mejor tradición de los Padres de la Iglesia. El hombre es creado por el Creador “según su Imagen y su Semejanza”. Es una visión humana en la cual el encuentro real entre el hombre, como hombre, y Dios, como Dios, se toma totalmente en serio. En esta perspectiva me parece evidente que Beatriz recibió una sólida formación en teología espiritual.

Segundo. Beatriz ha conseguido exitosamente pergeñar una brillante fenomenología de la vida espiritual. Digo fenomenología porque Beatriz “describe”. En ninguna parte de las “Siete Maneras” leemos que el hombre “debería hacer esto o aquello...”. No aparece ningún imperativo en su texto, o apenas alguno¹¹. Beatriz sencillamente describe lo que puede ocurrir en la vida espiritual, y mediante tal descripción, produce, al mismo tiempo, una claridad mayor para los que experimentaren algo parecido. Beatriz es “brillante” no solamente porque escribe de forma bella y arrebatada –a veces su texto es poesía en prosa- sino porque también, y en plena conexión con la literatura de la Edad Media, nunca se refiere a sí misma. Conoce, por experiencia personal, lo que describe –eso está muy claro-; pero en ninguna parte se refiere a sí misma. En todo el texto no se encuentra ningún “yo” que indique a Beatriz. Beatriz ha podido explorar, con sorprendente audacia, la profundidad del encuentro amoroso, el amor, entre Dios y el hombre en la descripción de los distintos aspectos de la vivencia amorosa.

Tercero. Su mirada se dirige fundamentalmente a lo que el hombre hace por amor a Dios y, después, a cómo el hombre experimenta la iniciativa amorosa del Otro; y, por fin, la profundidad trascendente del amor mismo, cuando el hombre es atraído por encima del amor humano “a la eternidad del amor; a la sabiduría incomprensible, a la silenciosa altura y a la profundidad abismal de la divinidad”.

Me parece que Beatriz, que nació hace ochocientos años, nos ha dejado un valiosísimo testimonio de humanismo cristiano, un documento que en estos ocho siglos no ha perdido nada de su valor original.

Rob Faesen, SJ.

O.L.V. van Nazareth, 20 de mayo de 2000.

Traducción del neerlandés al español:

Hna. Juliana Vermeire, ocsa.

11 cf. VI, r. 62-72 (Reypenes-Van Mierlo, págs. 27-28).